

DESDE NICARAGUA, ALEJANDRO MARTÍNEZ, DIRIGENTE DEL FSLN:
**“NECESITAMOS UNA
 IZQUIERDA CONSTRUCTIVA”**

entrevista por **ROBERTO PIZARRO**

Alejandro Martínez Cuenca fue ministro de las carteras de Comercio Exterior y de planificación durante el gobierno sandinista. En ese carácter debió enfrentar el embargo comercial total impuesto en 1985 por el gobierno de los EEUU sobre Nicaragua y, posteriormente, a partir de febrero de 1988, como responsable de la política económica, impulsó un radical programa de ajuste y estabilización. Destacado economista, participa activamente desde la oposición al nuevo gobierno en la lucha política. En el seno del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) ha planteado una postura muy clara de balance autocrítico y renovación de su partido.

—¿Por qué perdió las elecciones el Frente Sandinista?

Había un considerable desgaste producto de la agresión y además estaban las consecuencias de nuestros propios errores. El desgaste de la guerra fue devastador sobre la sociedad nicaragüense, llegamos a las elecciones en condiciones muy difíciles. El programa de ajuste económico, que implementamos a partir de 1988, todavía no había asegurado un panorama de recuperación y la población estaba cansada de tantos sacrificios.

Perdimos las elecciones debido a un voto muy racional del pueblo nicaragüense. Fue un voto contra la guerra y en favor de la paz. No estoy seguro de que fuera un voto de rechazo al FSLN, aunque pudiera pensarse que hubo votantes que rechazaban rotundamente la presencia del FSLN en el poder. Ganó doña Violeta Chamorro porque para muchos se hizo evidente que ella contaba con mayores posibilidades de cerrar el capítulo de la guerra.

La estrategia norteamericana fue eficaz en vender la imagen de que el triunfo de doña Violeta Chamorro significaba el término de la guerra, mientras que nuestro discurso público no daba muestras que a corto plazo se reanudarían relaciones normales con los EEUU y que terminaría el conflicto armado. La gente votó por la paz, por el fin del sacrificio y sufrimiento que tuvo que atravesar a lo largo de un período de dura agresión. Fue un voto conciente del pueblo que no veía en el FSLN la capacidad de asegurarle el bienestar y la paz que tanto anhelaba.

—A nivel del gobierno y de la dirección nacional del FSLN, ¿se planteó, en algún momento, la posibilidad de perder las elecciones?

Francamente no.

El texto es parte de un libro en preparación con el título de *Sandinismo y renovación*

—¿Cómo se explica tal alejamiento de la realidad: autosuficiencia del FSLN, incapacidad de análisis objetivo, o es que el pueblo de Nicaragua dió un viraje muy al final de las elecciones?

No se contempló la derrota porque estábamos altamente ideologizados, convencidos de que el pueblo no podía votar en contra de sus propios intereses de clase. Restábamos importancia a la grave situación de sobrevivencia en el campo, a las profundas contradicciones que había introducido la guerra en la madre, en el joven, en los padres de familia. Perdimos perspectiva sobre el drama de la guerra y sus efectos psicológicos y humanos.

La consigna “Todo será mejor” del FSLN no se sostenía en la práctica, porque a los ojos de la mayoría del pueblo eso significaba parar la guerra y el pueblo no veía claras señales que el FSLN pudiera materializar que terminara. Incluso el discurso no iba en consonancia con esa propuesta, estando demasiado cargado de una retórica antinorteamericana. Nos sobreestimamos al pensar que el pueblo solo podía ver en nosotros sus propios intereses.

El error de apreciación sobre el sentir del pueblo fue, de alguna forma, el resabio de una concepción de partido centralizado, extremadamente disciplinado, verticalista y cargado de gran voluntarismo. En tales condiciones, se extrapoló el comportamiento partidario hacia el resto de la sociedad. Este fue un grave error ya que la sociedad se comporta con reglas distintas a las de la disciplina estricta que se puede imponer en un partido político.

—Nicaragua tiene, ahora, un nuevo gobierno. ¿Cómo lo calificarías?

El gobierno actual tiene bases muy débiles, es heterogéneo. El origen de su debilidad radica en que las fuerzas que lo componen nunca pensaron ganar las elecciones. Así como nosotros nos sobreestimábamos, ellos se subestima-

ban. Los partidos de la Unión Nacional Opositora (UNO) veían muy difícil derrotar al FSLN y por ello su programa recogió una posición un tanto demagógica.

Fiel reflejo de su demagogia es la política económica actual. En realidad, el programa económico del gobierno de la UNO surgió de una promesa propagandística, con compromisos prácticamente irrealizables. Entonces, un programa que se proponía responder a las demandas del pueblo, ya en el gobierno se ve enfrentado a fuertes contradicciones y en particular sujeto a la influencia de la clase capitalista. Así, se resta cabida a las reivindicaciones populares. Se abre un vacío entre el discurso público, que apeló a esas reivindicaciones populares, y la realidad de clase del gobierno.

—Revisando lo que han sido estos tres meses de gobierno hay que reconocer las dificultades de realización de su programa por la actividad huelgística que se ha desarrollado en el país. Dos huelgas masivas del sector público, una de ellas de carácter semi-insurreccional, obviamente, así es muy difícil gobernar. El gobierno acusa de esta actividad al partido sandinista. ¿Es así?

Es completamente falso que el FSLN deliberadamente quiera obstaculizar la gestión del nuevo gobierno. Eso sería un error político garrafal. En la dirigencia del FSLN no existe la actitud de hacer ingobernable el país, aunque dentro de la militancia puede haber algunos que aún no han reconocido que perdimos.

Las huelgas se dan porque no se respeta la Constitución, ni a los trabajadores. No voy a entrar a analizar la conveniencia o inconveniencia, la oportunidad o inoportunidad de una u otra huelga, pero es claro que no han sido producto de una actitud preconcebida del sandinismo, sino el fruto de los profundos errores del gobierno, que ha actuado al margen de la Constitución.

La extrema derecha, dentro y fuera del gobierno, debe entender, de una vez, que aquí no hubo una derrota militar que erradicó al sandinismo. Hubo un traspaso democrático de gobierno, en base a elecciones, en el marco de la insti-

tucionalidad creada en el país en los últimos diez años. Las reglas del juego están, en lo fundamental, escritas en la Constitución y si no se respetan habrá inestabilidad social, se producirán reacciones violentas. Si, por ejemplo, hay campesinos beneficiados por los programas de reforma agraria y se les quiere quitar esas tierras no puede esperarse una actitud sumisa de parte de los afectados.

—Se ha dado un caso extraordinario en Nicaragua, con el cambio de gobierno. A diferencia de toda América Latina se presenta la situación excepcional en que existe un ejército, nacido de la insurrección, que se organiza y consolida durante los años del gobierno revolucionario y una policía que también tiene similares características. Se trata de un ejército y una policía que no responden a los patrones ideológicos y geopolíticos estadounidenses. Para la derecha a nivel nacional e internacional, este ejército y esta policía son un factor anómalo que hay que erradicar. Para otros, sin embargo, son dos instituciones propias de la nueva institucionalidad y no pueden modificarse. ¿Son el ejército y la policía factor de estabilidad para el país?

Para cualquier gobierno que quiere trabajar en el marco de la Constitución, la garantía de la estabilidad social se encuentra en apropiadas políticas de concertación y en el respeto a la institucionalidad de las FFAA y la policía. Estas instituciones son una amenaza sólo para aquellos que quieren desconocer la existencia de la revolución y de la institucionalización que se creó en el país a partir del 19 de julio de 1979. Las nuevas instituciones armadas son una amenaza para los que desean regresar al pasado, para aquellas posiciones extremas de retornar al tiempo de predominio de las minorías.

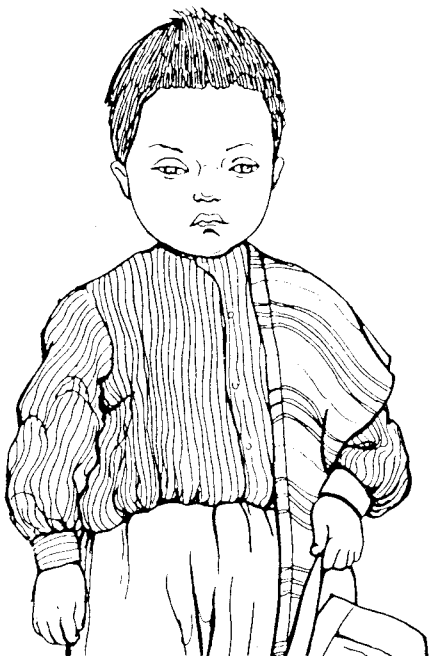
—La derrota electoral y la presencia de un gobierno de derecha le plantean nuevas exigencias al sandinismo. ¿Cuáles son los principales desafíos para los años noventa?

Existe un inmenso desafío de precisión y desarrollo ideológico en el campo popular, en el FSLN. Veo los años 90 como una etapa crítica para la izquierda latinoamericana y, particularmente, para nosotros, para el FSLN.

Los cambios planetarios espectaculares que se han dado en los años ochenta en la política, la tecnología y la economía en el mundo industrializado y en los países del Este europeo representan una realidad de la cual difícilmente pueden aislarse América Latina y Nicaragua.

Dentro de tales cambios, llama la atención la reciente tendencia a la disminución de los aspectos militares en la solución de las controversias y los conflictos políticos. Esta es una realidad de la cual Nicaragua tampoco puede escapar.

A lo largo de los años 80, nuestra lógica estuvo sustentada sobre una visión de que el proyecto del pueblo tendría que defenderse con las armas. De aquí que uno de los principales esfuerzos radicó en consolidar la organización de la defensa militar de la revolución. Creo que los nuevos vientos que soplan a nivel mundial nos van a imponer otros desafíos, sobretudo si la paz se hace realidad en la subregión. En la medida que los EEUU acepten jugar un papel constructivo y erradicar su propia visión militarista, las perspectivas políticas se modifican. En ese sentido pienso



CONVERGENCIA núm. 19 / 20

C H I L E C U B A :

¿RELACIONES PELIGROSAS?

ISMAEL LLONA

Pinochet rompió relaciones con Cuba —así como con la República Democrática y Popular de Corea— al día siguiente del golpe que lo llevó al poder.

No se acusó a los cubanos de tener "10 mil guerrilleros armados en Chile", pero sí de intervenir; la Armada que recién dirigía Merino persiguió y cañoneó a un pesquero cubano, y la embajada de ese país fue ametrallada.

Evidentemente el trato que se dió a Cuba y Corea fue distinto.

En el caso de la URSS y todos los demás países que no tuvieron relaciones con la dictadura, fueron ellos los que rompieron y no Pinochet ni Carvajal.

Para nuestro facismo, la revolución cubana fue y es algo peor que la revolución de octubre, y Fidel un enemigo más odiado que Brezhnev o Gorbachov.

Durante diecisiete años las relaciones entre el Chile de Pinochet y la Cuba de Fidel Castro no sólo no existieron, sino que fueron altamente conflictivas. Ambos participaron de alianzas internacionales distintas, ocuparon trincheras opuestas en Naciones Unidas y en cuanto foro internacional se realizó, y fueron considerados "modelos" opuestos.

La oposición chilena a la dictadura de Pinochet recibió el apoyo y la solidaridad de Cuba. Miles de chilenos vivieron exiliados en la tierra de Martí y cientos se educaron y adquirieron allí una profesión universitaria. En ello, la revolución cubana "intervino" tanto o más, en los asuntos internos chilenos, que lo que lo hicieron Suecia, Canadá, Italia, EEUU, México, Venezuela, España y otros, que también se distinguieron por su entrega desinteresada a la causa de la libertad en este rincón del mundo.

Hubo cubanos que recordaron que destacados chilenos, como Benjamín Vicuña Mackenna, colaboraron en la segunda mitad del siglo pasado en la guerra de la independencia de los "mambises" cubanos contra España, al extremo que la primera bandera patriótica cubana es análoga a nuestro emblema patrio: lleva la estrella solitaria y los colores blanco, azul y rojo.

No es fácil recomponer una relación entre Estados que ha llegado a tal nivel de quiebre. Por el contrario, se recibe una herencia difícil de extinguir de un plumazo. Incluso "voceros" cubanos han señalado que su país "no está apurado".

Para el nuevo gobierno democrático chileno está claro que las relaciones internacionales se darán con

todos los Estados, independientemente del tipo de gobierno que tengan.

Este es un principio elemental de la vida moderna. Por ello Chile tiene relaciones con EEUU y con la URSS, con Inglaterra y con China, sea cual sea el juicio que tengamos con respecto a la señora Thatcher o nuestras críticas a los crímenes en la Plaza de Tien An Men. No olvidemos que el jefe de gobierno chino fue recibido recién en Santiago.

A ningún parlamentario se le ha ocurrido investigar los atropellos a los derechos humanos en el Panamá intervenido o en Irán, para calibrar las relaciones con esos países o condenar sus gobiernos. Nadie ha propuesto romper relaciones con Irak después de la invasión a Kuwait.

Si mantuviéramos sólo relaciones con aquéllos que respetan plenamente la libertad y la justicia, correríamos el riesgo de quedar absolutamente aislados.

Debemos precisar, entonces, que aún no se reanudan las plenas relaciones diplomáticas entre el Chile democrático y Cuba porque nuestro gobierno presume —con fundamentos— que grupos que actúan aún, con violencia, contra el sistema en nuestro país, mantienen relaciones con Cuba y que el gobierno de Fidel Castro no ha manifestado su decisión de no seguir apoyando, en las nuevas condiciones chilenas, a esos grupos.

Esa es la razón y deben crearse las condiciones políticas y diplomáticas para que el obstáculo sea superado. Es un profundo error sobreargumentar razones para el no restablecimiento de relaciones.

Ni Carrizal, ni la ortodoxia de Fidel, ni la falta de libertad política ni la ideología marxista-leninista de la revolución cubana tienen importancia en esto, para los que quieren el bien de Chile. Ellos son y serán los argumentos del facismo (que se ha aliado con asesinos cubanos en el caso del asesinato de Orlando Letelier, por ejemplo) y de la extrema derecha (que muchas veces vendió el alma al extranjero) para seguir oponiéndose por siempre a una relación que rechazan irracionalmente y que no aceptarán en ninguna circunstancia.

Las fuerzas democráticas chilenas —y la gran mayoría de los chilenos que, viviendo en Cuba en estos duros años, recibimos la humanitaria solidaridad de su pueblo y su gobierno— debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para que las relaciones entre ambos gobiernos se restablezcan en el menor tiempo posible, se fortalezcan y se profundicen. ☞

que nosotros, como FSLN, enfrentamos un gran dilema. El instrumento militar tiende a ser sustituido por otros instrumentos, dentro de los cuales lo económico me parece determinante.

—Me parece que en el gobierno actual se encuentran distintos proyectos económicos y políticos, aunque todavía no suficientemente perfilados. Para algunos, por cierto, al gobierno hay que tratarlo como bloque y existiría un solo

proyecto capitalista y pro imperialista. Pero si uno ahonda en las contradicciones interburguesas se hacen evidentes las diferencias de concepción y de actuación. ¿Coincides con esta apreciación?

Efectivamente, dentro del gobierno no hay una visión uniforme del proyecto que se busca para el país. Están los empresarios jóvenes, que se quedaron en el país, aglutinados en torno a Antonio Lacayo. La mayor parte de ellos pasaron en Nicaragua la experiencia de la revolución y el pragmatismo que se les ha visto en su actuar político es fruto de esa experiencia. Se trata de una postura moderna, digamos neocapitalista sobre los problemas del país.

Por otro lado, encontramos a capitalistas grandes, que estuvieron fuera de Nicaragua durante la mayor parte de los 80 y que les interesa volver a reproducir concepciones del pasado. Estos segundos no se permearon de los cambios que hubo en el país durante los últimos diez años.

Pero, por otra parte, se encuentra una postura extremadamente peligrosa, de ultraderecha, representada por Virgilio Godoy, algunos políticos de la UNO y sectores del Consejo Superior de la Empresa Privada, que intentan hacer tabla rasa del pasado, aniquilar el sandinismo y anular las conquistas democráticas.

—Ante esas distintas posturas políticas y grupos económicos, ¿qué futuro puede tener un proyecto sandinista, de corte pluralista?

Si entendemos como proyecto sandinista la democracia, el pluralismo, la economía mixta y la participación popular, creo que el FSLN tiene un mejor futuro que ofrecer al país, con garantías de estabilidad social y desarrollo, que difícilmente puede garantizar el gobierno actual. Si además los EEUU entienden la necesidad de hacer una política de buen vecino se abriría una perspectiva extraordinaria, no solo para Nicaragua, sino para toda Centroamérica.

—Con respecto a la economía mixta, ¿cuál es tu opinión sobre el proceso de estatización generalizado que impulsó el gobierno sandinista durante los diez años de revolución? ¿Y cual es tu opinión respecto a la privatización que se propone realizar el nuevo gobierno?

Le preguntaba, hace algunos días, a un amigo de vasta trayectoria revolucionaria, sobre el carácter táctico o estratégico en que el concebía la economía mixta en los años 1980-81. Me dijo, con mucha franqueza, que él y buena parte de los militantes del partido la veían como una cuestión puramente táctica. Y que, en esos primeros años, él anhelaba reproducir la experiencia cubana. Le dije que precisamente allí estuvo gran parte de nuestros problemas, porque mientras por un lado decíamos una cosa, por otro lado hacíamos otra. Esto acumuló un profundo lastre de inconsistencia en el accionar del gobierno sandinista, ya que hablábamos de la economía mixta, mientras en la práctica actuábamos contra ella.

Por esas inconsistencias e incoherencias, a lo largo de los diez años de gobierno, no hubo, lamentablemente, un serio esfuerzo por definir la economía mixta.

Respecto a la privatización, no la veo como un mito, no como una fórmula mágica. Creo que hay sectores de la economía donde hay espacios para la presencia del Estado.



Nuestro error fue, sin embargo, aplicar una fórmula generalizada de estatización que incluyó pulperías, restaurantes, salones de belleza, talleres de reparación de vehículos, etcétera, con resultados negativos en la productividad y eficiencia y con desestímulo para la iniciativa empresarial.

Por otro lado, el nuevo gobierno, al plantearse la privatización, la ha generalizado, cayendo en el otro extremo, con lo cual se resta autoridad y espacios para actividades en las que el sector público ha sido y puede seguir siendo significativo y eficiente para el conjunto de la economía nacional.

—De tal manera, el proceso de estatización que sufrió la economía no te parece irreversible. ¿Cuáles son, a tu juicio, los elementos de cambio de la revolución que son efectivamente irreversibles?

Es irreversible el hecho que los trabajadores del campo y la ciudad, y el pueblo en su conjunto, tuvieron la oportunidad de sentirse dueños de su propio destino, de ser escuchados y participar en la construcción de la sociedad. De manera que, cualquier esfuerzo de querer relegar a los trabajadores a un segundo plano, va a ser muy difícil de lograr. El grado creciente de conciencia de los trabajadores del campo, de la ciudad, los profesionales, en el reclamo de sus derechos, no podrá erradicarse. Con la revolución, el pueblo perdió el miedo y se organizó ganando un poder propio. Esto, a mi juicio, es el más importante logro de estos diez años.

En el terreno económico, puedo decir como ex ministro de Comercio Exterior, que la comercialización estatal de los productos básicos dió resultados positivos. No obstante, no excluyo la posibilidad de introducir flexibilizaciones que permitan mayores espacios de acción del productor, por ejemplo, para la obtención de recursos externos.

Por otra parte, la nacionalización de la banca tuvo rasgos muy positivos en la democratización del crédito; sin embargo, el extremo centralismo del manejo de la banca comercial, a partir del Banco Central, introdujo ineficiencias que afectaron la política crediticia y la captación de

recursos. La descentralización de la banca, aún en un marco de nacionalización del sistema financiero, resulta fundamental para el mejoramiento de su eficiencia.

—*Tus posiciones son bastante autocríticas sobre el pasado y pragmáticas respecto a lo que puede hacer el nuevo gobierno. Tengo la impresión que esta postura no gusta a sectores del FSLN. De hecho, las bases sandinistas están inquietas porque ese pragmatismo ha permitido que técnicos sandinistas estén ocupando puestos en el gobierno actual.*

Nadie puede garantizar con certeza lo que piensan las bases sandinistas, mientras no exista un verdadero proceso democrático de discusión y consulta en el partido.

Las críticas que se hacen a compañeros sandinistas que están en el Estado son descartadas. Ese radicalismo no toma en cuenta precisamente las grandes transformaciones que se han producido en el país, y que hacen posible que en toda democracia los cambios de gobierno no obliguen a una salida masiva de técnicos y profesionales. La burocracia en un país democrático, que aspira a la modernización del Estado, debe ser una estructura estable, de manera que la alternativa de gobiernos no introduzca rupturas traumáticas.

Ese radicalismo proviene de una concepción totalizante de algunos compañeros del FSLN, que no separan los papeles del Estado, el gobierno, el partido, las organizaciones de masas y la sociedad civil. Hay que entender que en una sociedad democrática el Estado no es patrimonio de un partido político, aún cuando el gobierno sea dirigido por un determinado partido. Por otra parte, nadie tiene el derecho de exigir a los trabajadores sandinistas que se vayan al desempleo.

En Nicaragua hubo un cambio democrático, hubo elecciones, por lo cual el trabajo de los funcionarios del sector público además de ser una necesidad, es fundamental para la sobrevivencia del Estado, independientemente del gobierno.

—*Señalas que hay que cambiar cierta mentalidad en algunos militantes del FSLN para adecuarse a los nuevos tiempos. Pero, ¿habrá que cambiar también esa estructura extremadamente centralizada del FSLN?*

Diría lo siguiente: el sandinismo cambia o la historia lo arrolla. Hay que modificar concepciones y estilos de trabajo. Hay que abandonar los esquemas ideologizados así como esas estructuras verticales que correspondieron a una etapa de fuerza político-militar. El FSLN está dotado de una gran capacidad humana, con dirigentes de una amplia experiencia. El desafío es encontrar los mecanismos adecuados para que se materialice el consenso y para que las diversas opiniones se canalicen democráticamente, sin llegar a rupturas que lamentar. En todo caso, en la cercanía del siglo XXI, me parece que las posiciones extremas y los esquemas verticalistas no tienen futuro en el sandinismo.

—*Pensemos en el futuro. ¿El sandinismo está dispuesto a esperar con tranquilidad los próximos seis años? ¿Está dispuesto a participar políticamente en las instancias democráticas que se han creado en el país; discutiendo en la Asamblea Nacional, en las organizaciones de la sociedad civil pertinentes, a través de los medios de prensa?*

¿Está preparado el sandinismo para la lucha política democrática?

No quiero adelantarme sobre cual será la posición final que el FSLN adoptara. Habrá un congreso en donde se va a trabajar en la definición más concreta del papel del partido en la nueva coyuntura política del país. No puedo hablar por todos los sandinistas pero puedo hablar de la visión que yo tengo de este tema.

El mundo actual ha cambiado, y ha cambiado en favor del desarrollo de las fuerzas democráticas. El FSLN, en mi opinión, debe aspirar a una plena participación política, en todas las instancias que existen en el país y, consecuentemente, deberá luchar por ser gobierno en el próximo sexenio en base a las elecciones.

Nuestro papel debe ser trabajar duramente, eficientemente y responsablemente en las instituciones creadas por la misma revolución, y plasmadas en la Constitución, para hacer una oposición constructiva.

Sobre la base de la defensa inquebrantable de los intereses populares, hay que hacer una oposición constructiva, que ayude a superar la etapa de desgaste económico, producto de los años de agresión. Hay que impulsar un verdadero esfuerzo de negociación y concertación para echar a andar el país, en base a un consenso mínimo. Esta visión es la que en mi criterio el FSLN debe mantener. Esto significa que hay que buscar un amplio consenso nacional con todos los sectores dispuestos a apoyar el desarrollo económico y la profundización democrática de Nicaragua.

Ello exige, al mismo tiempo, una amplia vinculación internacional que implica también un activo papel del FSLN en la Internacional Socialista, una presencia que también ayude a ampliar la participación de la izquierda en el seno de esta organización.

Necesitamos en Nicaragua, en la década de los noventa, una izquierda constructiva y no una izquierda de confrontación, para favorecer la concertación y el consenso. Hay que participar dinámicamente en el clima de paz que se ha creado en el país y con respecto a la institucionalidad que nosotros mismos creamos.

Si el FSLN no asume plenamente el respeto a la institucionalidad, que el mismo creó, está encaminado a quedar relegado a un mini partido. El pueblo no está esperando que el FSLN tome una bandera que exclusivamente presenta la opción de la guerra, sino que enarbole la bandera de la paz, que adicionalmente promueve el desarrollo económico, con justicia social, con equidad y con independencia nacional. ☐

